

ACTO PARLAMENTARIO EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
DE TURQUÍA, EXCMO. SR. DON SULEIMAN DEMIREL

Madrid, Palacio del Senado, 4 de marzo de 1998

*Intervención del presidente del Senado, Excmo. Sr. don Juan
Ignacio Barrero Valverde*

Excelentísimo señor presidente de la República de Turquía:

Bienvenido al Senado. En nombre de las Cortes Generales, me es enormemente grato, al tiempo que constituye un honor, recibirle en la sede del parlamento español.

El Senado y el Congreso de los Diputados, el Poder Legislativo, acogen siempre con profundo respeto a los jefes de Estado extranjeros. Pero en esta ocasión concreta, a ese respeto se suma la admiración por su figura, señor presidente, engrandecida por el papel histórico y determinante que Usted ha significado para la apertura democrática y la estabilidad institucional del país amigo que es Turquía.

España y Turquía comparten la simbólica circunstancia geográfica de abrir respectivamente las puertas, occidental y oriental, de ese Mare Nostrum tan cargado de tradiciones compartidas que es el Mediterráneo. Y esta simple realidad implica que la atracción natural que tanto los españoles sienten hacia los turcos, como pienso que también en sentido inverso, se transforma de forma automática en una empatía colectiva: esto es, los dos pueblos participamos afectiva, emotivamente, de la realidad del otro y tendemos a hacerla propia.

Señor Presidente:

La Historia juega también un papel de primer orden en esta relación de mutua simpatía. La toma en 1453 de la ciudad Constantinopla --el actual Estambul que el marqués de **Villa-Urrutia**, diplomático español allí destinado el pasado siglo, describió como "ciudad de suprema belleza"--, supuso la inserción de Europa en la modernidad, tal como la historiografía reconoce unánimemente.

España, por su parte, se incorpora a la modernidad al culminar los Reyes Católicos un largo proceso de unificación del que surge el primer Estado-nación de la historia. Al tiempo, los españoles iniciamos la aventura transatlántica de incorporar América a Occidente que es tanto como decir a los valores de nuestra civilización.

Hasta tal punto esto es importante para nosotros que, hoy, más de cinco siglos después, en los umbrales de un nuevo milenio, España no se comprendería sin recurrir a su dimensión transatlántica, que le viene proporcionada por una vinculación fraternal y permanente con las naciones del Nuevo Mundo.

Señor presidente:

A lo largo de los siglos XVI y XVII, España y Turquía dominaron el escenario internacional, fueron, si me permite expresarlo así, las dos principales potencias europeas. Y aunque, como tales, se enfrentaron inevitablemente en numerosos escenarios, tanto en las costas del norte y sur de nuestro mar, como en el continente, en el siglo siguiente firmaron, bajo el estímulo del ministro **Floridablanca**, uno de los más grandes hombres de Estado con que ha contado España, un amplio Tratado de Paz y Amistad que, desde entonces, ha funcionado como referente de los inmejorables vínculos que, en todos los órdenes, mantenemos hoy ambas naciones.

En la actualidad, cuando Europa y el mundo están a las puertas del tercer milenio, esa corriente de paz, que los responsables

políticos españoles y turcos supieron imprimir a nuestras relaciones bilaterales hace más de doscientos años, se impone generalizadamente a través de las múltiples organizaciones internacionales paneuropeas que han ido surgiendo y desarrollándose en nuestro continente desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Sin temor al error puede decirse que esta corriente de estrecha colaboración y entendimiento ha actuado como el eficaz instrumento para el que fue diseñado: evitar la reproducción de los conflictos bélicos que se han sucedido sobre nuestro suelo a lo largo de la historia. En este sentido, y como no podía ser de otro modo, Turquía y España, en nuestra calidad plena de Estados europeos fundamentales en cualquier proyecto de unificación continental, no sólo participamos plenamente de dicha corriente, sino que hemos de jugar un papel de primer orden.

Desde que el continente recuperó la paz en 1945, Turquía ha mostrado su interés por integrarse y participar plenamente en el desenvolvimiento de esa tendencia en pro de la unidad europea, una unidad que, indudablemente, debe respetar la diversidad nacional que distingue a cada uno de nuestros pueblos. Porque Europa, esa Europa que el pensador español **Ortega y Gasset** definió como un solo pueblo formado por muchas individualidades, es inconcebible sin una de las más destacadas de entre todas ellas, Turquía.

La revolución renovadora y modernizadora impulsada por **Mustafá Kemal Atatürk**, fundamentada en la afirmación de principios laicos, la institución de códigos jurídicos inspirados en valores occidentales, la adopción del alfabeto latino para la expresión escrita de la lengua y en el reconocimiento del voto a las mujeres, occidentalizó y reafirmó la identidad europea de la sociedad turca de manera indeleble.

De hecho, al crearse el primero de todos los organismos que jalonan la senda de la integración --el Consejo de Europa,

establecido en Estrasburgo en 1949--, Turquía no tardó en convertirse en uno de sus Estados miembros. Lo que quiere decir, nada más y nada menos, que la asunción por parte de sus autoridades de un decidido compromiso en favor de la democracia representativa, del Estado de derecho y de la protección de los derechos humanos recibía con su presencia en aquel foro fundador un amplio respaldo de la comunidad occidental.

España no tiene absolutamente ninguna duda respecto a la europeidad de Turquía. La avala plenamente la historia, nuestra historia. Pero es que además, no podemos construir este proyecto unificador sobre la base caduca y uniformizadora del antiguo sacro imperio germánico. Los europeos somos plurales y cualquier proceso que conduzca hacia nuestra unidad debe saber salvaguardar nuestro particularismos.

Señor Presidente:

El mundo, pero más específicamente nuestro continente, la vieja Europa, está superando en estos años aquel esquema de relación internacional profundamente viciado por la ideología que constituía el enfrentamiento bipolar o, dicho utilizando aquella expresión tremendamente descriptiva, la guerra fría. La crisis del socialismo real, el desmoronamiento del comunismo como sistema de gobierno, ha supuesto, en primer término, el triunfo de los valores democráticos, pero también ha facilitado el entendimiento entre las naciones europeas para el logro de la ansiada paz, estabilidad e integración continentales.

Es preciso reconocer, y hay que hacerlo públicamente, que Turquía ha prestado impagables servicios a la comunidad de Estados occidentales en tanto en cuanto Estado parte de la OTAN, pero particularmente como uno de los dos únicos miembros de la Alianza que compartían fronteras terrestres con la Unión Soviética.

La labor de contención ideológica y militar que ha realizado la OTAN desde su fundación, el éxito que ha tenido la misión que le

fue asignada mediante el Tratado de Washington, no se podrían entender sin recurrir a ese papel esencial jugado por Turquía. Europa, la civilización occidental, tienen una deuda con el pueblo turco y yo le aseguro, señor Presidente, que España es plenamente consciente de ello.

Hoy, gracias a la superación de aquella etapa de enfrentamiento ideológico, el desafío que los europeos tenemos ante nosotros es el de la consolidación de la democracia, del Estado de derecho y el del respeto a los derechos humanos, valores sobre los que debe estar fundado nuestro proyecto paneuropeo. Un respeto que no debe ser asumido únicamente como obligación de los Estados y de sus instituciones, con ser éste su objetivo esencial, sino igualmente como el de todos y cada uno de los miembros de nuestras comunidades nacionales, individual o colectivamente tomados.

Infelizmente, de aquellos tiempos de confrontación ideológica, las sociedades modernas hemos heredado uno de los problemas más graves que hoy tenemos planteado. Me refiero al terrorismo, esa desalmada acción criminal dirigida precisamente contra la legitimación de los Estados democráticos. Estoy firmemente convencido de que la mejor defensa de nuestras sociedades contra el terrorismo es la que proporcionan, única y exclusivamente, los mecanismos constitucionales y legales de las democracias.

Dicho de otra manera, el imperio de la Ley y un estricto respeto de los derechos humanos, asegurando el Estado la perfecta armonía de los tres Poderes tradicionales: el parlamentario, elaborando y aprobando --preferiblemente sobre una base fundada en el más amplio consenso partidario-- una legislación eficaz enfocada directamente para combatir la violencia terrorista; el gubernamental, poniéndola en práctica a través de los medios legales a su disposición; y el Judicial aplicándola equitativamente y sin concesiones a la galería.

Señor presidente:

Turquía coincide en compartir con España una doble identidad geográfica. Por un lado, la mediterránea que, como señalé en un reciente foro interparlamentario, debe estar fundada en la consolidación permanente de los valores democráticos, así como en el estricto respeto a los derechos humanos.

Pero por otro, una identidad europea que, de acuerdo con el curso que sigue la historia, se caracteriza por una neta e indudable vocación integracionista de nuestras respectivas economías, sin olvidar los importantes aspectos políticos de que está dotado el proceso, dentro de un continente que, poco a poco, está resurgiendo de las cenizas de la confrontación ideológica tradicional, pero que debe permanecer muy atento y vigilante ante la emergencia de doctrinas o ideologías excluyentes o mesiánicas.

Ambas identidades responden a la cuádruple preocupación de asegurar la paz entre los Estados, crear un marco institucional que favorezca el crecimiento económico, acercar pueblos que comparten esquemas de valores similares y, por último, consolidarse internacionalmente en un mundo progresivamente globalizado.

Este es el desafío de futuro que los dos países tenemos planteado. Turquía, una Turquía laica y democrática, respetuosa de la libertad individual y de los derechos humanos, puede tener la seguridad, señor Presidente, de que cuenta con España para la consecución de esos objetivos.

Muchas gracias.

TIENE LA PALABRA SU EXCELENCIA EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
DE TURQUÍA